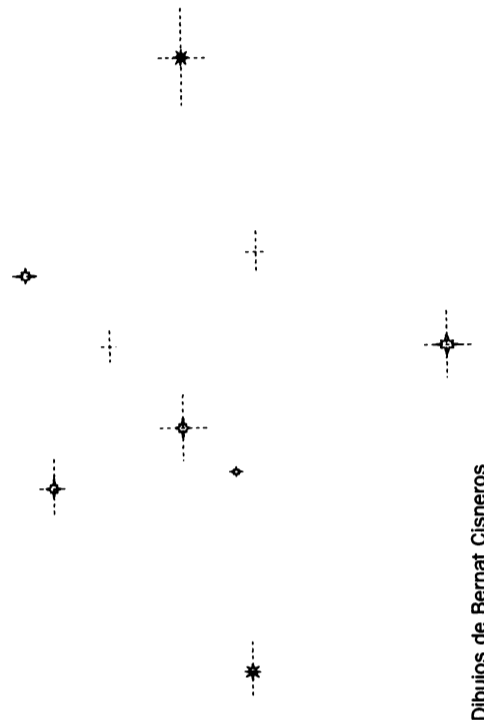


Historia del vacío

La física tradicional establecía que la naturaleza aborrece el vacío. Hoy, la física moderna acepta sin dificultad el vacío como componente del cosmos. Pero el viejo esquema de la aversión sigue estando presente en la cultura. De este rechazo de la cultura occidental nos habla **Albert Ribas**, **David Jou** recorre la diversa fortuna que ha tenido el concepto de vacío en la física y **Jordi Isern** lo relaciona con la pintura.



Dibujos de Bernat Cisneros

Una metáfora occidental

ALBERT RIBAS MASSANA
DOCTOR EN FILOSOFÍA

Borges señaló que podría entenderse la historia de la cultura como la “historia de la diversa entonación de algunas metáforas”. Es decir, el recorrido de algunas ideas-clave que sugieren todo un encadenamiento de imágenes, de símbolos y de conceptos, mostraría esa entonación diversa. El vacío es una de esas metáforas: la utilizamos en física, en psicología, en filosofía, y en tantos otros campos. Alguien ha dicho, por ejemplo, que la nuestra es una “era del vacío”, aludiendo a un estado de ausencia de valores, de falta de fundamentos. La metáfora del vacío se convierte, así, en una clave simbólica que sirve para un diagnóstico cultural y civilizador.

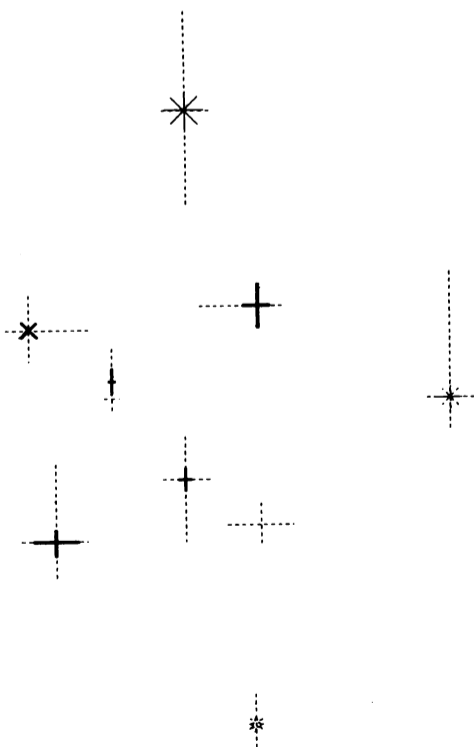
Pero estos diagnósticos quizás sean algo superficiales si antes no despejamos el valor de la noción del vacío, si antes no nos preguntamos el porqué de la connotación negativa asociada a esta noción.

Ciertamente, esa connotación está ahí como algo dado; pero ha de saberse que en el contexto de las culturas orientales la connotación es otra: ahí el vacío es percibido como un emblema positivo. Convendrá, pues, tener presente este contraste.

‘HORROR VACUI’

Digámoslo ya: el sentimiento que nos domina es el del horror al vacío. Éste es un sentir que puede ser personal o colectivo; es el sentimiento quizás paralelo a la desesperanza, a una visión pesimista de la condición humana o de nuestro presente civilizador. Su sinsentido es visto como sinónimo de vacío; de ahí el horror a ese vacío, a ese sinsentido.

El origen remoto de esta aversión debería buscarse en la filosofía griega o luego en el pensamiento medieval. Fue entonces cuando se acuñó el principio del



horror vacui. Se decía que la naturaleza, que las cosas, que el hombre, aborrecen el vacío; por eso, en virtud de este principio, cuando accidentalmente se produjera un vacío, la naturaleza actuaba con la finalidad de restablecer la continuidad. Ese es el origen remoto. Más recientemente, en la modernidad, este sentir podría expresarse acudiendo a estas palabras de María Zambrano:

“En cuanto ausencia, es el vacío un sentir del espacio ilimitado, de un espacio cósmico e inhumano donde el hombre aun dueño de su pensamiento se siente semejante a las cosas, rueda como cosa. Sentir que aparece visiblemente en el epicureísmo y en todas las formas de ‘materialismo’. Y como tal espacio vacío difícilmente puede resistirlo el corazón humano, bien pronto se puebla de monstruos, de dioses, de pesadillas, de absurdos temores y absurdas esperanzas. Los más avisados intentan detener esta avalancha y llenar el ‘vacío’ con un grandioso proyecto de ser hombre”. (M. Zambrano, *El hombre y lo divino*, México, FCE, 1973, págs. 299-300.)

Es decir, cuando se abandona el cuadro cultural y cosmológico premoderno –un cosmos pleno, cerrado y orientado, sostenido y abrazado por el propio Dios– cunde la desorientación, el desasosiego. El ser humano se siente rodar como cosa. Entonces –dice Zambrano– se pretende llenar el vacío “con un grandioso proyecto de ser hombre”. Con ello se alude a la pretensión de la modernidad, la pretensión del hombre de darse sus propias reglas y su destino, o sea el proyecto optimista ilustrado en el que todavía nos debatimos. Y lo cierto es que ese “grandioso proyecto” parece tocar a su fin. De ahí que la pretensión de haber llenado el vacío con él se manifieste en forma de desasosiego: la promesa incumplida nos retrotrae de nuevo al *horror vacui*.

UNA CONTRADICCIÓN MODERNA

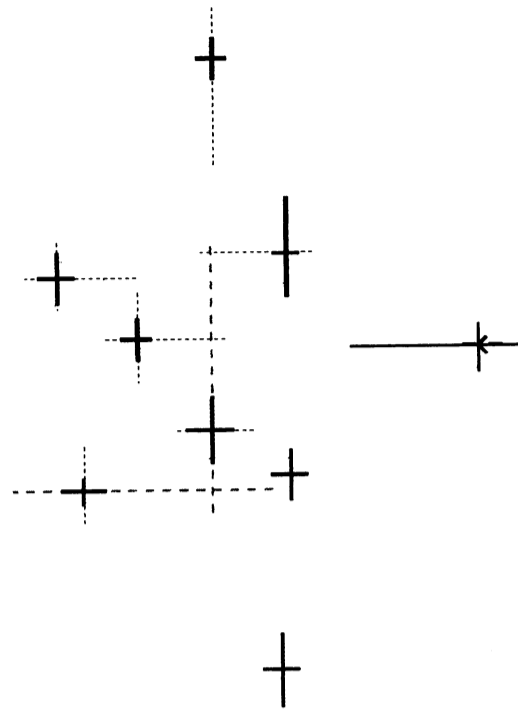
En las palabras de Zambrano hay, sin embargo, una afirmación discutible. Dice que el “vacío difícilmente puede resistirlo el corazón humano”; pero tal afirmación sólo tiene validez en nuestra tradición de pensamiento y no sería correcto tomarla como universalmente válida. Basta remitirse a las filosofías orientales, como el taoísmo o el budismo, para ratificar este juicio.

Es en la tradición del pensamiento occidental donde efectivamente se da esta aversión al vacío. Y es el producto de un modo de pensar que en sus corrientes mayoritarias entendió que el vacío era imposible, inexistente en la naturaleza, o simplemente un concepto inconsistente. La fuente se encuentra en los mismos

Platón y Aristóteles, y una opinión similar sostuvo la filosofía moderna (así en Descartes, Spinoza, Leibniz o Kant). La imposibilidad del vacío era principio físico y metafísico, aplicable a todo ámbito. Una de sus expresiones era la imagen cosmológica vigente hasta el siglo XVII: el mundo era un todo pleno y compacto, sin resquicios.

Esta imagen no concuerda en absoluto con la moderna. Hoy sabemos que entre los diversos cuerpos celestes (planetas, estrellas, galaxias) median unos inmensos espacios vacíos. Cuantitativamente el vacío es una enormidad frente a la exigüidad de la materia; y la propia materia está constituida en su mayor parte por vacío (piénsese en la disposición del átomo). Esta nueva imagen del cosmos se debe sobre todo a Newton, y la física contemporánea la ha conservado.

La física, pues, admite el vacío. El principio del *horror vacui* ya no tiene sentido. Pero justamente lo característico de la Edad Moderna es haber establecido una contradicción entre la física y la metafísica, o dicho de otro modo, entre naturaleza y cultura. La naturaleza ha dejado de aborrecer el vacío; pero los esquemas culturales siguen apegados al modelo de la aversión al vacío. La revolución newtoniana no ha tenido traducción a los ámbitos extra-científicos.



EL INDIVIDUO COMO ÁTOMO

En realidad, es lógico que tal traducción del esquema vacuista newtoniano al ámbito cultural no pudiera prosperar, pues los fundamentos metafísicos de la aversión al vacío son muy profundos –y para dar razón de ellos habría que remontarse demasiado–. El hecho es que esa contradicción es palpable. De modo que el viejo principio del *horror vacui* sigue metafóricamente vigente.

Y un modo en que es adoptado ese principio es el que se refiere al sujeto, al yo. Este sujeto no puede admitir su propio vacío; admitirlo sería como aceptar su propia inconsistencia, y tal inconsistencia no es admisible en el proyecto de la modernidad. Más bien, al contrario, el sujeto moderno pretende verse como un sujeto pleno, aspira a la plenitud. A partir de ahí puede establecerse un paralelismo entre el sujeto, entre el individuo, y el átomo –entendido al modo clásico, es decir como átomo compacto e indiviso–. En efecto, etimológicamente “individuo” y “átomo” significan lo mismo: “indivisible”. Y el individuo es el átomo de la sociedad. Pero a ese individuo le acontece lo que al átomo: está inmerso en el vacío. Como diría Nietzsche: “¿Acaso no estamos vagando como a través de una nada infinita? ¿No nos roza el soplo del vacío?”.

Este sentimiento también lo había formulado Pascal en sus *Pensamientos* al decir: "Yo veo esos espacios imponentes del universo que me encierran, y me veo apegado a un rincón de esa vasta extensión, sin que yo sepa por qué estoy colocado en este lugar más bien que en otro...", o también al decir: "El silencio eterno de estos espacios infinitos me aterra". El ser humano, como decía Zambrano, rueda como cosa, se siente un vagabundo en el mundo. Ese extrañamiento es el soplo del vacío. Pero aún más: siguiendo el paralelismo con el átomo, podemos acudir al modelo atómico moderno. En éste, el átomo ya no es una partícula indivisible, compacta, perfectamente sólida; nuestro siglo ha visto la desintegración teórica y práctica del átomo. Y también, como el átomo ya divisible, el individuo —el sujeto— se ha dividido en múltiples fragmentos.

Esta desintegración es vivida como desgarro; la identidad se despliega en multitud de condicionantes, hasta el punto de desvanecerse. No hay más que acudir a algunos ejemplos para comprobar esa derivación contemporánea: así en la literatura de Kafka o en el psicoanálisis de Freud, por citar dos casos.

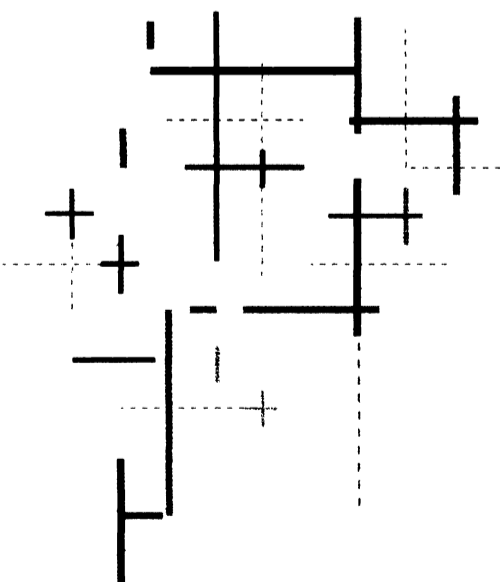
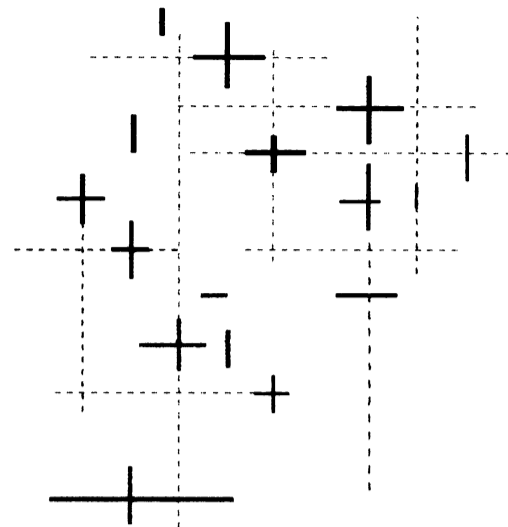
UNA MIRADA A ORIENTE

Por todas estas razones —y muchas otras—, el vacío sigue adherido como metáfora del malestar cultural. Quizás todas estas derivaciones no sean más que puntos de llegada de un recorrido que otros ya hicieron. Se llega al desencantamiento del

mundo, a la convicción de la relatividad de la condición humana; y eso es vivido como una pérdida, pérdida de antiguas seguridades. Pero justamente estos puntos de llegada han sido en otras tradiciones de pensamiento puntos de partida. Nos referimos concretamente a las filosofías orientales, por ejemplo el taoísmo y el budismo. Ahí no se proclama ningún proyecto para "llenar el vacío"; al contrario, se concibe la esencia última de las cosas y del hombre en su vacío, y se hace de la meditación del vacío el eje de todo avance a la sabiduría. Ciertamente —y es comprensible— que estos puntos de vista son juzgados desde Occidente con el calificativo del pesimismo. Pero parece que una aproximación, o al menos la curiosidad, hacia ellos deba imponerse. Estamos demasiado inmersos en nuestros propios referentes culturales y nos equivocamos al tomarlos como universales. No, no es obligado que el vacío "sea irresistible al corazón humano"; sólo es preciso que otros referentes culturales encaucen ese sentir, lo encaucen bajo una valoración más positiva.

En cierto modo, muchas de las encrucijadas o callejones sin salida que percibimos en nuestra modernidad tendrán que abordarse con otra amplitud de miras. Una mirada a Oriente no sería en absoluto ociosa. Y reténgase una conclusión: cuando acudamos a la metáfora del vacío, sepamos que operamos en una reducida tradición cultural. □

[Albert Ribas es autor del ensayo *Biografía del vacío*, publicado por Destino, 1997.]



Protagonista de la física

DAVID JOU
CATEDRÁTICO DE FÍSICA DE LA UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE BARCELONA

mares y bajamares conceptuales, antes de detenernos en la visión actual del vacío.

El vacío es uno de los conceptos físicos que más oscilaciones ha conocido a lo largo de su historia, desde su negación en muchas teorías filosóficas antiguas y extremadamente influyentes, hasta su exaltación en la física actual. Más que una negación del ser, que una pura y estática vacuidad, la física reciente ha venido a considerar el vacío como una entidad dinámica, agitada, creativa. Repasaremos brevemente esta historia de flujos y reflujos, de plea-

CONCEPTO PROSCRITO

Las teorías filosóficas del ser eterno e inmutable consideraron el vacío, la ausencia de materia, como una impensable ausencia de ser. Por ello, el vacío fue proscrito de la concepción del mundo de numerosos filósofos, en una tradición que duró hasta el siglo XVII. Ello no significa que hubiera unanimidad sobre este punto: los filósofos atomistas sí aceptaron el

vacío: un espacio sin presencia material en que los átomos se movían libremente.

El *horror vacui* se encuentra aún en la obra de Descartes, quien consideró la materia como equivalente a extensión, y basó su modelo del sistema solar en vértices producidos por el giro del Sol en una materia invisible, los cuales arrastrarían los planetas en su movimiento. Este modelo, que compitió durante algunos años con el modelo de Newton, debió ser desechado al resultar incompatible con la tercera ley de Kepler. Los experimentos barométricos de Torricelli y Pascal, a principios del siglo XVII, supusieron la entrada del vacío en la ciencia. Éste podía encontrarse, por ejemplo, en el espacio dejado por el mercurio al descender por la columna barométrica. Pascal dedicó varios textos epistemológicos de gran interés a la defensa del vacío, en contra de la opinión de los físicos de su época. Menos sutil pero más espectacular fue Otto de Guericke, al alcalde de Magdeburgo, quien llevó a cabo aparatosos experimentos en que el vacío de una esfera desafiaba la fuerza de varios caballos. Newton adoptó ya el vacío como un ingrediente de su modelo solar al considerar que los planetas se movían en un vacío universal que no oponía resistencia a su movimiento.

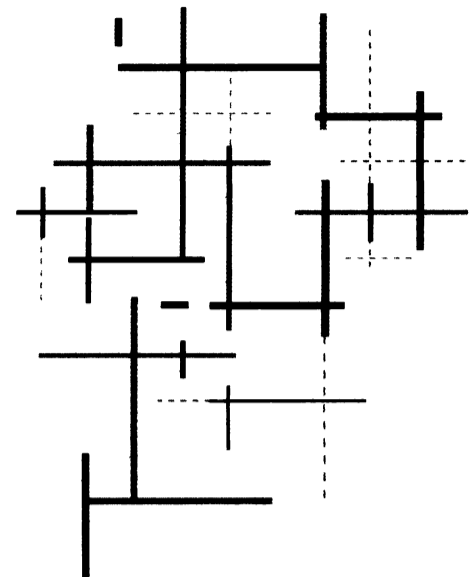
La teoría electromagnética de Maxwell llenó nuevamente el vacío con un fluido imponderable, el éter, el cual era

considerado necesario para la propagación de las ondas electromagnéticas que constituyen la luz. Este éter tenía aspectos contradictorios: por un lado, debía ser muy rígido para explicar la elevada velocidad de la luz, pero por otro no debía presentar ninguna resistencia al movimiento de los planetas. Los experimentos llevados a cabo para detectar el éter fracasaron. Por ello, en 1905 Einstein propuso la teoría especial de la relatividad, la cual postulaba que ningún éter es necesario para propagar la luz. El vacío volvía a adquirir legitimidad y carta de naturaleza en física y nos forzaba a repensar los conceptos de espacio y de tiempo.

LA TEORÍA CUÁNTICA

En 1925, Heisenberg establecía el principio de indeterminación, según el cual el producto de las imprecisiones de la cantidad de movimiento y de la posición es siempre mayor que una cierta constante (constante de Planck). Esta indeterminación se da también para el producto de las incertidumbres en la energía y el tiempo. En 1926, Dirac proponía el concepto de antimateria: una partícula es antipartícula de otra cuando, al colisionar ambas, se aniquilan, dando lugar a dos fotones o partículas de luz, sin ningún remanente con masa diferente de cero. Asimismo, dos fotones suficientemente energéticos pueden dar lugar a un par partícula-antipartícula, de acuerdo con la relación de Einstein $E=mc^2$, con "m" la masa de las partículas, "c" la velocidad de la luz, y "E" la energía de los fotones. Estos fenómenos de creación y aniquilación han sido observados numerosísimas veces en los aceleradores de partículas elementales.

El principio de indeterminación permite que en el vacío se produzcan espontáneamente pares de partículas y antipartículas, sin necesidad de ningún fotón previo, siempre y cuando este par vuelva a aniquilarse en un tiempo inferior a la constante de Planck dividida por la energía del par. La mecánica cuántica no es compatible con un vacío sin esta aparición y desaparición continua de pares de partículas. El vacío deviene pues un espacio de agitación, de actividad continua y efímera, de fluctuaciones aleatorias, imprevisibles. Dichos pares virtuales no son directamente observables, pero se ponen de manifiesto indirectamente, ya sea en el efecto Casimir (fuerza entre dos placas metálicas descargadas paralelas en el vacío) o en el efecto Lamb (correcciones a las frecuencias de emisión del hidrógeno), en que las mediciones se corresponden muy bien con las predicciones teóricas. Otra consecuencia es el efecto Hawking, o evaporación de un agujero negro, que sería incapaz de emitir nada en un vacío clásico (este efecto

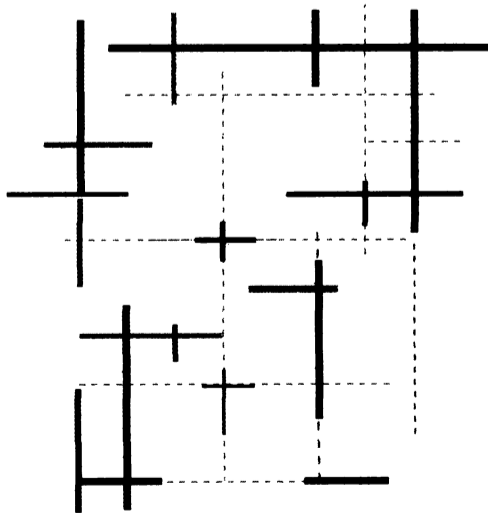


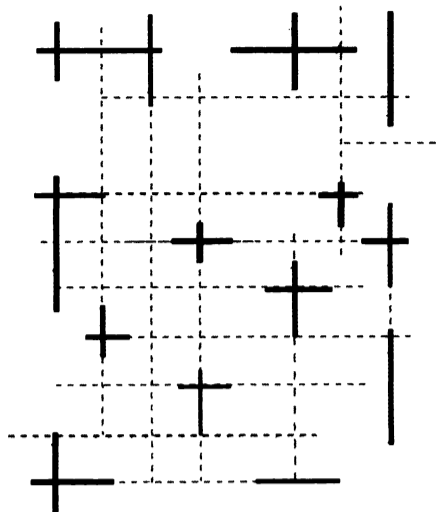
no ha sido todavía observado).

EL SER Y EL UNIVERSO

Las consecuencias más fascinantes de esta concepción del vacío son, a mi entender, dos, y se refieren a la naturaleza del ser de las partículas elementales y del universo.

En la visión más simple, un electrón es una partícula elemental de carga eléctrica bien determinada. Sin embargo, el electrón no se halla en un vacío estático, clásico, sino rodeado por las fugacísimas y continuas apariciones y desapariciones de pares de partículas y antipartículas. La carga de electrón polariza estos pares, de manera que la partícula positiva tiende a estar más cerca del electrón que la negativa. Con ello, el electrón aparece, por decirlo metafóricamente, rodeado por una neblina sutil de pares de partículas virtuales que modifican su carga observable. Cuando lanzamos contra el electrón una partícula con gran energía, ésta perturba el vacío cercano al electrón, y no observa ya su carga eléctrica habitual, sino una carga que deviene cada vez mayor cuanto más se le aproxima. La carga observable es una combinación de carga real infinita, menos una carga infinita de signo opuesto, debida a la polarización del vacío de manera que





ambas contribuciones se restan o renormalizan y dan lugar a una carga bien definida a distancias suficientemente grandes del electrón. No podemos observar la partícula “desnuda”, sino siempre rodeada o “vestida” de estas continuas fluctuaciones de vacío.

Más sorprendentes resultan las perspectivas que esta visión del vacío abre a la cosmología. En una teoría no cuántica, el espacio y el tiempo nacerían simultáneamente con el universo. En una teoría cuántica, podría haber un espacio-tiempo vacío en el cual se darían continuas fluctuaciones. Algunas de éstas podrían crecer hasta dar lugar a todo un universo. En efecto, si la energía total del universo es nula (la energía positiva de masa se compensa con la negativa de la gravitación), la edad máxima alcanzable por el universo no se vería limitada a las milmillonésimas de milisegundos que duran habitualmente las fluctuaciones correspondientes a pares virtuales de partículas, sino que podría valer miles de millones de años, o incluso, ser infinita. Así, podrían ir surgiendo universos al azar como fluctuaciones cuánticas en el espacio-tiempo vacío primordial. Ello daría al universo unas características

aleatorias, contingentes.

Algunos problemas abiertos de la física de hoy con respecto al vacío son las transiciones de fase entre diferentes posibles estados del vacío, responsables de etapas inflacionarias de la expansión cósmica; el valor de la constante cosmológica o densidad de energía del vacío y sus consecuencias cosmológicas; la dimensionalidad del vacío primordial (que podría tener nueve dimensiones espaciales en vez de las tres que conocemos); o la naturaleza de la materia oscura que ocupa, quizás, gran parte de las zonas casi vacías del universo. En definitiva, el vacío es uno de los protagonistas de la física actual, no en sentido negativo, como ausencia de ser o espacio de inactividad, sino como agitación, fluctuación, efervescencia, apantallamiento infinito de seres infinitos, y posibilidad de creación aleatoria, indeterminista y acausal de universos. ¿Cómo considerará el vacío la física dentro de cien años? □

[David Jou ha publicado recientemente el libro *Matèria i materialisme*, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 1997.]

Más allá de la estética

JORDI ISERN TORRAS
PINTOR. DOCTOR EN BELLAS ARTES

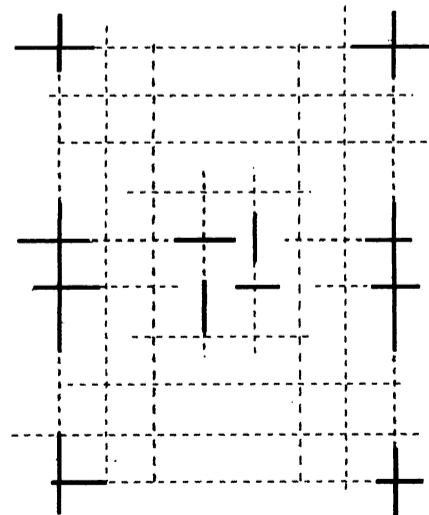
En la puerta de la Academia de Platón de Atenas rezaba la inscripción “no entréis si no sois geómetra”: desde entonces las figuras geométricas y las fórmulas matemáticas se han encargado, en Occidente, de explicar la Verdad y la Belleza. Nos hemos esforzado en catalogar el mundo agrupando y clasificando conceptos y tipos, protegiéndonos afanosamente de aquello indefinido e imprevisible. Y hemos elaborado incansablemente mapas y tablas, esquemas y ecuaciones para ir edificando modelos de la realidad, siempre insuficientes.

Esta medida “a distancia” se consolida con el sistema de perspectiva renacentista, o *parete di vetro* (Leonardo), detrás de la cual se descubren unos cuerpos fijos, definitivos e independientes. Una culminación que no tiene otro propósito que hacer visible aquello visible, que “colonizar” la apariencia externa; manteniendo así

el espacio pictórico occidental, hasta el presente siglo, en la ilusión de un espacio cerrado, cúbico, escenográfico.

En Oriente es el arte y no sólo la ciencia el que se acerca a los misterios del universo: la naturaleza no es cosa “extraña” que conviene dominar y medir, sino un compañero activo, a menudo personificado, pletórico de fuerzas poderosas e invisibles. El arte no se entretiene en el hombre, no imita el mundo creado, va mucho más allá del simple objeto estético. La experiencia estética se torna inseparable de la experiencia mística, el artista pinta para “llenarse” de vacío, del Absoluto: el acto creador es principalmente una ceremonia de comunión con el cosmos.

El arte no se limita a mostrar, no solamente descubre, sino que encubre, es sinónimo de lo incompleto, de lo imperfecto, de lo irregular: el espacio sagrado sólo puede ser revelado y, por tanto, sólo insinuado desde aquello no dicho. La revelación implica, pues, una ocultación, la protección de la Verdad.





no conocemos el vacío
la ausencia de materia,
o nada
conocemos sólo la
ausencia de medida.
el vacío de control
nos horroriza.



EL SILENCIO DE LAS PALABRAS

La pintura convoca así una ausencia, el espacio pictórico se mantiene escrupulosamente en silencio, inmóvil, atento al rastro inmediato de un gesto. No es un blanco muerto que sobra o queda por llenar sino el origen materno de la forma, no un vacío inerte, inhabitado, sino algo potencial, dinámico, donde se operan todas las transformaciones. Es precisamente por su sobreabundancia que no puede manifestarse en ninguna forma, que se mantiene incógnito.

Los garabatos y las turbulentas pinceladas de los paisajes de Turner y Monet, y las improvisaciones de Klee y de Kandinsky, revelarán en Occidente que la pintura puede respirar con la naturaleza, fluidamente, impalpablemente. Pero no será hasta el expresionismo abstracto americano cuando este espacio pictórico deja de ser algo denso y compacto, para convertirse en superficie que une en vez de separar, que exhibe el gesto originario, el instante de ejecución, el silencio de las palabras no dichas.

“Un cuadro no es el retrato de una experiencia; él es la experiencia”, dirá Rothko. El pintor ya no pinta lo que ve, lo que siente o lo que piensa: presenta un

acontecimiento, el lugar incomprensible por donde se mueve. El espacio se abre a lo imprevisto, se vuelve informe, infinito, pausa.

No obstante, Occidente topa con una larga tradición antropocéntrica, donde el Ser es el objeto y la finalidad de la trascendencia. La aproximación occidental al vacío resulta predeterminada por el yo, por la indemnización a un sentimiento de desamparo, muy lejos del quietismo desinteresado de la pintura tch'an o zen. Su gesto es un gesto reivindicativo, que interroga apresuradamente al blanco distante, desolado, incluso amenazador. Su enfrentamiento no es más que una huida romántica, la misma atracción de Friedrich hacia el oscuro e inhabitado abismo. Sea desde la desolada aspiración al infinito del romanticismo, sea desde el angustioso buceo del surrealismo a las profundidades del inconsciente, sea desde el grito inarticulado del informalismo frente a la Nada existencialista, Occidente redescubre al individuo.

'PENETRAR' UNA OBRA

Decía Garaudy que el arte no es la historia del pasado/ sino del futuro: su tiempo no es lineal sino reversible. Las aguadas tch'an del siglo XIII son contemporáneas porque nos continúan empujando al misterio, nos continúan hablando de aquello “otro”, de aquello no se sabe qué indefinido que todo lo hace posible, toda presencia, toda ausencia; un espacio que nos acoge con su mirada, que nos vuelve insignificantes, que nos absorbe como un icono. Todo arte sagrado se ha movido siempre dentro de esta alusión implícita, que obliga al espectador a introducirse a través de su propio esfuerzo. “Penetrar” una obra significa preguntar por el sentido de la vida, trascender el propio cuerpo. Más allá de un mensaje estético, más allá de la intención de un expresión personal, más allá del espacio y del tiempo, la obra de arte tendrá valor solamente si nos continúa “revelando”, solamente si nos continúa conmoviendo radicalmente el espíritu.

Hemos llegado a creer en el arte moderno, en el progreso del arte, como hemos creído en la evolución humana. Archivamos las obras dentro de un inventario historicista que explica coherentemente causas y efectos, que enfatiza la novedad y la diferencia. Pero la dificultad es cada vez mayor para crear alguna obra insólita y sorprendente. La imaginación se va diluyendo entre continuas y gratuitas contextualizaciones. Se ha perdido el interés por el fundamento moral del arte, la creencia en su poder carismático, en su capacidad para transformar el mundo. El arte ya no es un movimiento ético, sólo estético. □

**ediciones
SIGUEME**

**SENEN VIDAL
LOS ESCRITOS ORIGINALES DE
LA COMUNIDAD DEL DISCÍPULO
“AMIGO” DE JESÚS**

Detrás de la figura misteriosa del discípulo “amigo” de Jesús, se alza la esfinge de unos escritos del NT: el evangelio y las cartas de Juan. A descifrar su enigma está dedicado este libro. Imprescindible.
BEB 93 4.500 ptas.

**H.W. WOLFF
ANTROPOLOGÍA
DEL ANTIGUO TESTAMENTO**

Obra clásica. Agotada la traducción española hace doce años, acaba de aparecer la segunda edición, obligado el editor por la insistencia y los requerimientos de los estudiosos de quién es el hombre.
BEB 99 3.200 ptas.

**G. STRECKER - U. SCHENELLE
INTRODUCCIÓN
A LA EXÉGESIS DEL NT**

Didáctica de los métodos históricos. Ideal para comprender la crítica textual, el análisis literario, la historia de las formas, la historia de la redacción y de la tradición.
Para estudiantes que estudien, y estudiosos de la Palabra.
BEBm 1 1.300 ptas.

**A. GESCHÉ
DIOS PARA PENSAR, II**
Gesché, pensador que piensa, que hace pensar. Después de reflexionar sobre el mal y el hombre (Vel 135), obliga ahora (es un decir) a pensar sobre Dios y sobre el cosmos. Genial.
Vel 136 2.400 ptas.

**LUIS CENCILLO
PSICOLOGÍA DE LA FE**
Otro que piensa y hace pensar, Cencillo, filólogo, psicólogo, teólogo y filósofo. Tras los “maestros de la sospecha” la fe quedó maltrecha. Ya es hora de que los que creemos podamos caminar sin complejos.
Vel 139 1.650 ptas.

**A. GRÜN
PORTARSE BIEN CON UNO
MISMO**
El rigorismo (“portarse mal con uno mismo”) ha sido un fenómeno recurrente en la vida religiosa. El mensaje de Jesús, en cambio, nos habla de liberación... no sólo con los demás.
Grün es un monje, que tiene la dicha de llamarse Anselmo.
Pedal 237 800 ptas.

**Apartado 332
Tel. 21 82 03 / Fax 27 05 63
37080 SALAMANCA**

EL CIERVO

Historia del vacío

Author(s): ALBERT RIBAS MASSANA, DAVID JOU and JORDI ISERN TORRAS

Source: *El Ciervo*, marzo 1997, Año 46, No. 552 (marzo 1997), pp. 4-9

Published by: El Ciervo 96, S.A.

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/40817642>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



El Ciervo 96, S.A. is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *El Ciervo*

JSTOR